

CONFERENCIA V

VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA MÍSTICA

1. Significación de las acusaciones contra la mística.—El proverbio «á muchos enemigos, mucho honor», no solamente cae bien en boca de un espadachín como Jorge de Frundsberg, que lo había elegido por divisa, sino que puede también aplicarse al Cristianismo, y eso en sentido mucho más noble.

Entre todos los vástagos producidos por la religión sobrenatural, apenas hay uno tan combatido y tan mal comprendido como la mística cristiana. De lo dicho, nadie debe extrañarse. Pues si la mística es verdaderamente, como la hemos aprendido á conocer, la flor y el término de la vida cristiana, entonces fácilmente se comprende que todas las dificultades que se cree deber oponer al Cristianismo, han de aumentar en este punto.

Entre tanto, podemos pasar á la orden del día. Pero también es útil examinar los reproches serios, no porque sean obstáculos molestos, sino porque nos ayudan á apreciar mejor nuestra empresa y á distinguir nuestro objeto desde nuevo punto de vista.

2. Exposición de la ciencia anticristiana.—La más soportable de las falsas interpretaciones de la mística, es, en todo caso, aquella que no distingue nada en ella, sino un esfuerzo heroico, alguna vez desesperado, del alma apartada de Dios para volver otra vez á convertirse en posesión de Dios.

Pues bien, ningún místico, y sobre todo ningún cristiano, negará que siente muy á menudo dolorosamente la di-

visión y los muchos obstáculos que se levantan en su interior entre él y Dios. Si el Apóstol no vacila en lamentarse de esto, no debemos ciertamente negarnos á confesarlo. Tampoco debemos negar que el descontento con relación á nosotros mismos es poderoso aguijón para lograr el contento que se funda en Dios. Pero no se nos ocurre encontrar en ello el origen de la religión como lo hace Sabatier. ⁽¹⁾ Y mucho menos encontramos en ello la verdadera significación de la mística. Por esto no queremos refutar esta cuestión, mucho menos cuando se la presenta alguna vez bajo aquella forma indigna que á menudo llega á afirmar que la desesperación de una vida deshonrada, frustrada y perdida, haya convertido paganos en cristianos, poblado los conventos y las soledades, y las que aun hoy día arrojan á los hombres en brazos del fanatismo.

Con más seriedad y falsedad hace Eicken depender el pensamiento fundamental de la mística de sus prejuicios panteístas. En el origen, todo había sido una misma cosa, Dios, el hombre y la naturaleza. La cultura dividió todo esto, hasta introducir aquel supuesto dualismo, que muchos imputan al Cristianismo como crimen principal. Lo que en otro tiempo había sido una sola y misma cosa y siempre debía haber quedado así, Dios y el mundo, y lo mismo, en el hombre, espíritu y sensualidad, ya está separado y es enemigo. Sin embargo, el hombre no puede desprenderse del sentimiento de que esto no está en la naturaleza de las cosas. De aquí su esfuerzo para derribar todos los obstáculos que se oponen á su unión con el eterno todo y uno. «La naturaleza divina en él tiende hacia su fuente original». ⁽²⁾ Tal es la verdadera explicación panteísta sobre el origen de la religión en general y de la mística en particular.

Tras esto, siguen otras muchas acusaciones sobre la huida del mundo, el cansancio del mundo y la negación

(1) Sabatier, *Esquisse d'une philosophie de la religion*, (7), 7.

(2) Eicken, *Geschichte und System der mittelalterlichen Weltanschauung*, 98 y sig. Cf. Loofs, *Dogmengeschichte*, (3), 115.

del mundo de la mística, y aun de la piedad cristiana, sin diferencias ni excepciones. Que hay en el Cristianismo una aspiración enfermiza y pesimista, que en la enseñanza del Apóstol, y aun en la del mismo Señor, predomina de ordinario el pensamiento gnóstico del desprendimiento del mundo, de una oposición fundamental entre Dios y el mundo, como si el mundo fuese esencialmente malo y opuesto á Dios. Según esto, no sólo se formula contra el mundo un juicio injusto, sino que también depende ello de la «manera como se fija la idea de Dios en la Iglesia»,⁽¹⁾ como si fuese Dios un Dios de lo porvenir y del más allá. De aquí los errores en el interior del Cristianismo, como si uno se pudiese salvar únicamente alejándose por completo del mundo. Como todo ha pasado en la Iglesia cristiana por modo completamente al revés, no debe uno extrañarse de que la mística, esta planta «de origen pagano»;⁽²⁾ haya alcanzado tanta importancia y efectos tan lamentables para la cultura terrestre y utilidad de esta vida.

Esta explicación, que ataca al Cristianismo y, en general, á la religión en su ser más íntimo, está juzgada por sí misma para todo el que sabe cómo enseña la religión cristiana la relación con Dios y con el mundo, nuestra obligación y la fidelidad á todos nuestros deberes terrenales. Pero, por lo menos, tiene de bueno que toma en serio la estrecha relación que media entre la convicción religiosa y el comportamiento religioso, entre la vida religiosa y la moral, entre lo sobrenatural y lo natural; tan en serio, que aun muchos cristianos comprenden difícilmente la significación de que, piedad y devoción, que toda la vida sobrenatural, moral y religiosa, principiando desde los primeros movimientos hasta los más elevados ejercicios de la mística, no es nada más que efecto de la fe viva.⁽³⁾

Á la vez tiene la explicación que acabamos de dar, por

(1) Kaftan, *Dogmatik*, (3), 138 y sig.

(2) Loofs, *l. c.*, 115.

(3) Cf. Scheeben-Weiss, *Herrlichkeiten der göttlichen Gnade*, (7), 503 y sig., 598 y sig., donde se encuentra la bibliografía.

falsa que sea, cierto mérito, pues ella misma parece comprender la falsedad de todas aquellas explicaciones que entienden siempre cada movimiento de la mística en el sentido de los hermanos del espíritu libre y según los pensamientos del protestantismo moderno libre, sin dogmas, como religión de lo puramente interno, á saber, en la negación absoluta del mundo y de la vida.

Según este error, cada místico sería lo que la más moderna crítica de la Biblia llama «el puro evangelio de Jesús» ó el «Cristianismo de Cristo», una religión de espiritualismo libre, sin dogmas, sin ley, sin culto, sin disciplina,⁽¹⁾ un desligamiento de todo dogma obligatorio,⁽²⁾ de toda forma exterior de religión,⁽³⁾ un contrapeso contra toda histórica apariencia religiosa,⁽⁴⁾ y especialmente un alejamiento de toda autoridad interior y exterior, aunque fuese la del dogma,⁽⁵⁾ en una palabra, el completo individualismo y subjetivismo en el terreno de la religión, el derecho del individuo frente á la autoridad obligatoria de la Iglesia.⁽⁶⁾

No se puede negar que la falsa mística, en todos los tiempos, ha obrado más ó menos según estos principios. Sólo hay que observar sus efectos, para convencerse de que aquí se aparta mucho del camino de la verdad. Y que se considere con qué decisión la Iglesia y la verdadera mística han combatido siempre todo esto, para estar ciertos de que con estos errores nada tiene que ver la Iglesia, pues ésta, y con ella la ciencia eclesiástica, pone como nota distintiva contra aquellos cuya sinceridad de proceder tiene que examinar, en primer lugar, la fidelidad ó infidelidad hacia la autoridad eclesiástica, la doctrina eclesiástica, el espíritu eclesiástico.⁽⁷⁾

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 197, 146, 148.

(2) Herrmann, *Der Verkehr des Christen mit Gott*, (3), 19.

(3) *Ibid.*, 20.

(4) *Ibid.*, 17, 20, 56.

(5) *Ibid.*, 19, 22, 23.

(6) Vierkandt, *Naturvölker und Kulturvölker*, 160.

(7) Schram, § 444, 505, 543, 558. Scaramelli, *Unterscheidung der Geister*, 33 y sig. (n. 30). Meynard, (3), II, 469. Véase XXIII, 10.

No quiere decir esto que sea de Dios todo espíritu que haya pasado por estas pruebas. Pero lo cierto es que debe suspenderse el examen de estas cosas, si se manifiesta un espíritu que no esté en armonía con la Iglesia de Dios. Este es justamente el reproche que se nos hace continuamente, es decir, que nosotros, los hijos de la Iglesia, ahogamos el espíritu bajo el yugo de lo exterior. Pero nada de esto; ningún yugo de Dios ahoga el espíritu, si se le mantiene en sus debidos límites. La Iglesia y todo lo que le pertenece no es un yugo, sino la visible y sensible representación de Aquel que ha dicho: «El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia». ⁽¹⁾

Pero el que oye á Cristo y le sigue, no se extravía, no sucumbe, no se ahoga. Sólo ha de temer el error, las tinieblas y la destrucción, el que rehuye la dirección de Cristo, lo que ciertamente hace aquel que la rechaza, y la rechazan los que niegan la Iglesia fundada por Dios y los pastores establecidos por Dios. De estos hablaremos aún más tarde. Por ahora tenemos el deber de ocuparnos en los otros enemigos de la mística.

3. Significación de la singular predilección por la mística en el mundo.—Se nos puede contestar á esto que, fuera de algunas excepciones, no hemos dejado hablar á los enemigos de la mística. Al contrario, la mayor parte de los que acabamos de oír son muy favorables á la mística, y esto no es enemistad.

Sí, es verdad, no les faltan expresiones de ternura y simpatía para la mística; sólo que la mística tiene sobrados motivos para rechazarlas. Pues esta simpatía es favorable para todos los que están en contradicción con la Iglesia, y apartados de la fe cristiana. Pero cuando se inclina hacia aquellos que han permanecido fieles á su vocación eterna, les atribuyen tan falsos principios, que claramente se ve cuál es el verdadero motivo de esta atención exagerada. Á todo precio se quiere hacer á los místicos

(1) Luc., X, 16.

aliados de los enemigos de la Iglesia, en la lucha contra la fe, el dogma y la vida de la Iglesia. ⁽¹⁾

Tal amistad es peor que toda enemistad. En ninguna parte se puede conocer mejor que aquí lo que el cristiano tiene que esperar del mundo.

Aquí ocurre lo que Agustín dice: «Muchos parecen amigos, y son secretos enemigos». ⁽²⁾ Esta especie de amistad del mundo no es sincera; es producida por el propósito de alejar al cristiano de Dios, para apartarlo de la justa comprensión de su más sublime empresa, para atarle con cadenas de rosas al mundo, y hacer de él su cómplice. Quiere deshonrarle donde parece honrarle, debilitarle con lisonjas, destrozarle y perderle, embobándole astutamente, enredándole, y con dulce sonrisa le arrastra á la perdición. ⁽³⁾

Esto también es un resultado útil de nuestra revisión, que nos demuestra otra vez, y bajo un nuevo aspecto, lo serio de nuestra situación, y nos facilita el desprendimiento del mundo y la exclusiva entrega á Dios, dos condiciones fundamentales de la verdadera mística, sin reservas de ninguna especie.

4. Reproches contra la mística en el interior del mismo Cristianismo.—Por lo demás, no le faltan á la mística adversarios más ó menos francos. Y, cosa extraña, entre éstos se cuentan á menudo los adversarios declarados de la fe en número menor que muchos de los que, por otra parte, están adheridos al Cristianismo y se complacen en llamarse buenos cristianos; porque precisamente le hacen la más cruda guerra aquellas almas frías, secas, que hacen proceder todo lo religioso de lo inevitable y de lo supuesto esencial, y procuran desprenderla de todo lo que no conviene al mundo, á saber, los *minimistas*, como W. G. Ward, el apóstol de *lo menos posible*, según el Obispo Isoard tenía costumbre de decir.

(1) Modelo de esta tendencia es la obra, sin valor alguno, de R. Steiner, *Die Mystik*, 1901.

(2) Aug., *Sermo* 49, 4.

(3) Cf. Aug., *Civ. Dei*, 19, 5.

«Que algunos—se dice,—los cuales, de ordinario, no son buenos para nada, sigan el camino de la mística, puede ser admisible. Pero cuando se quiere hacer un evangelio de la mística, entonces hay que ponerse en guardia. Tal esfuerzo nunca ha producido provecho, y mucho menos hoy día, para el cumplimiento de las obligaciones que nos son impuestas. Hoy tenemos que reconciliar el mundo con el Cristianismo; por esto no debemos ponerle ante los ojos un ideal que le espante y le aleje por completo del Cristianismo. Un Cristianismo *amplio* y *racional* es hoy necesario; no fantasías exageradas. ⁽¹⁾

»Nadie debería extrañarse de que la historia de la mística presente tan horribles errores en el pensamiento como en la vida; pues ya lleva el germen de ellos en sí misma. Porque ella aleja al hombre del mundo, del tiempo, del deber; le hace perder la confianza y la actividad, mina el valor y la fuerza, es la muerte de toda activa virtud, y pone en tal tensión, ó mejor dicho, en tal sobreexcitación su cabeza y corazón, que sería una casualidad si tan tristes efectos no se presentasen. ⁽²⁾

»Pero no está en eso lo peor. Cosa mucho más deplorable es que ahonda ella el abismo entre el Cristianismo y la piedad, por una parte, y el mundo y su espíritu, por otra.

»La exageración de la vida intelectual y espiritual que tiene como causa, rechaza al mundo siempre más lejos de ella, en tanto que, por el contrario, arrastra ella sus víctimas al opuesto camino. Así, pues, en último resultado, una inteligencia entre ellos hácese imposible. Comienza ella por huir del mundo; no tarda en despreciarlo; y, finalmente, lo condena. En su deseo egoísta de llegar al reposo y á la satisfacción personal, el místico enciérrase en la concha de su mundo imaginario, y abandona despiadadamente el mundo real á su suerte, sin cuidarse de si hay millares de personas que luchan sin socorro á su lado y que perecen.

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 304, 310, 473.

(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, 355, 356, 363.

Como es muy natural, eso no puede menos de volverse contra él, pues aislado de todo ambiente vivificante, y limitado tan sólo á sí mismo, debe acabar por decaer y agotarse.

»Ese espíritu falso levanta infranqueable muro, no solamente ante el mundo, sino también en el interior de la Iglesia misma, en donde establece categorías que traen á la memoria las castas de la India. Según su manera de ver, compónese la cristiandad de la gran masa de los imperfectos y del reducido grupo de los privilegiados.

»Cosa todavía más triste resulta, cuando tal separación es inherente á ciertas clases y á ciertas condiciones. Entonces sus representantes, como los bravos monjes y las buenas religiosas que permanecen dentro de sus muros apartados por sistema del movimiento intelectual y de la formación de la época, créense á menudo los únicos elegidos, y miran desde las alturas de su grandeza, como simples maniobras ó como máquinas, como obreros que valen menos desde el punto de vista intelectual, é imperfectos desde el punto de vista moral, á todos aquellos que, fuera de ellos, han cargado con el peso de la jornada y del sol en servicio de la Iglesia y de las almas.

»En una palabra, danse errores inseparables de la mística, porque se encuentran ya en su naturaleza. Por una parte, la exageración, y, por otra, el exclusivismo».

Tales son los juicios que se acostumbran á formular tocante á la mística, juicios que, en suma, no son sino pretextos para manifestar el disgusto que siente contra lo sobrenatural, contra la vida y el espíritu de la Iglesia.

Parécenos que tales interpretaciones no se hallan enteramente libres de aquellas exageraciones y de aquel exclusivismo, de los cuales dice San Gregorio que oscurecen fácilmente la claridad del juicio. ⁽¹⁾ Tal vez hasta se hallen tocadas de cierta dureza de corazón.

Como quiera que sea, tráennos á la memoria las palabras de San Ambrosio: «El juicio que se hace respecto de

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 3, 60.

una falta es con frecuencia pecado más grave que la misma falta. Si los prudentes del mundo nos hacen ya esa advertencia, ¿no es para nosotros una llamada para que nos juzguemos antes de lanzar un juicio, para que no condenemos ligeras faltas en los demás, y en tanto cometerlas grandes?»⁽¹⁾

No podemos entrar aquí en pormenores referentes á ese juicio. Más adelante volveremos al asunto. Por otra parte, una de las mejores respuestas que cabe dar á muchas acusaciones, consiste en ignorarlas caritativamente. Por el momento, queremos tan sólo fijar los puntos de vista generales en donde necesitamos colocarnos si queremos entender y apreciar la mística.

5. Los peligros que rodean á la mística piden circunspección y vigilancia.—Los enemigos de la mística tratan desde luego de disputarle el derecho á la existencia, invocando los grandes errores que su historia nos recuerda. ¡Como si fueran cosa natural en ella!

Lejos de nosotros el pensamiento de no juzgar tales yerros como lo merecen. En las páginas que anteceden, hemos ya, y con buenas razones, llamado la atención respecto de eso. Sin embargo, no vemos por qué deba condenarse la mística por causa de ello. Si se hubiera de evitar cuanto es susceptible de abuso y todo aquello de lo cual se abusa, difícil fuera que encontrásemos en donde meternos. ¿Qué habrá de lo cual no pueda abusar el hombre? La gracia, la misericordia de Dios, su paciencia, la razón, la libertad, los alimentos, ¿están seguros en este punto? ¿Á qué extremos no debió prestarse la Biblia? ¿Y la ciencia? ¿No tiene sus peligros, como la ignorancia? ¿Qué es lo que mueve á los hombres á tentativas y peligros mayores que la riqueza y la pobreza, la dicha y la adversidad, el trabajo abrumador y la ociosidad, la vida cómoda y la vida activa? ¿En dónde hallamos cosa alguna en la cual no tengamos peligro que temer?

Dejemos, pues, las exageraciones á los niños y al pueblo

(1) Ambros., *Apolog.*, II, *David*, 2, 5.

sin experiencia, y confesemos que la mayor parte de las veces el mal no está en la cosa misma, sino en la debilidad de nuestro espíritu y en lo perverso de nuestra voluntad.

Cierto es que hay cosas que, por naturaleza, son condenables y ofrecen peligros en sí mismas. Pero la mística no pertenece á ese número. Y aun, dado que fuera necesario admitir que algún peligro es de ella inseparable, ¿sería eso razón para arrojarla de la humanidad? No, preciso sería sacar de ahí otra conclusión.

Á nadie se le ocurre proscribir la química en atención á los peligros que ofrece. Es tan sólo un motivo para que se tomen precauciones, cuando se hace algo en esa ciencia. Si las autoridades á quienes está confiada la seguridad pública establecen severas prescripciones tocante al uso del agua, de los medicamentos, del vapor y del fuego, todo el mundo se lo agradece.

Luego, no debe pretenderse condenar inmediatamente la mística, exterminar la ciencia, suprimir la propiedad particular. Lo que se necesita, es desde luego recomendar á quienes en tales cosas se ocupan, que lo hagan con circunspección, después reconocer, á quienes tengan alguna responsabilidad en el dominio de la vida religiosa, moral y social, el derecho para imponer ciertas prescripciones tocante á su uso, y velar por su ejecución con la autoridad que Dios les ha otorgado.

Son las dos únicas conclusiones lógicas que pueden sacarse de tales principios. Todo lo demás, son exageraciones que no se tienen en pie.

6. Situación del hombre en el mundo y su tendencia invencible á lograr el puesto justo que le deje satisfecho.—No hay duda de que la mística ofrece sus peligros particulares. Mas no hay porque admirarse de que así suceda.

Para comprender su importancia, consideremos el lugar en que encuentra ella al uno, y el lugar en donde pone al otro.